



EX LIBRIS

EX LIBRIS



MAREA
EDITORIAL

Candelaria Schamun

Cordero de Dios

El caso Candela



MAREA
EDITORIAL



Pimpollos de rosas de papel

Durante los siguientes quince días, al cerrar los ojos Carola vería la cara de su hija y el cuerpo desnudo en el piso del descampado. Tardó en reconocer a su nena: el pelo era una madeja enredada. En la comisura izquierda del labio, había una mancha. La boca estaba hinchada. Los párpados cerrados y un ojo morado. En el dedo anular permanecía el anillo con un diamante de fantasía y las uñas pintadas de rojo.

El intendente de Hurlingham fue el encargado de llevar el cuerpo de Candela hasta la casa velatoria. Lo trasladaron con su chofer en una camioneta del municipio.

Carola Labrador fue la única que vio el cadáver. No permitió que ningún otro familiar la viese muerta, ni siquiera el papá, por eso ordenó que sellaran el cajón.

Cuando Juancho se enteró de que habían asesinado a su hija le hizo un ramillete de pimpollos de rosas de papel y un corazón forrado en cuerina marrón.

El 1° de septiembre de 2011 lo dejaron salir del penal para ir al velorio. Lo hizo custodiado por la Policía bonaerense y el Grupo Halcón. Antes pasó por Coraceros 2552, después de un año y medio volvía al barrio. Leyó los carteles

que le habían escrito a su hija, vio las fotos de su nena pegadas sobre la chapa del garage. La bandera verde que rezaba “Con los hijos no. Devuelvan a Candela” había cambiado su aspecto: sobre la palabra “devuelvan” habían escrito con aerosol plateado “Justicia”. La tela aún colgaba de la ventana. Juancho entró a su casa y se abrazó con Carola, con Franco y Emanuel. Los cuatro fueron hasta la pieza de Candela. Se sentaron sobre las sábanas de Barbie y el acolchado de princesas. Su cama estaba deshecha desde el 22 de agosto, tal como ella la había dejado.

Antes de irse se bañó y se cambió de ropa. Tomó un café que le preparó su madre y luego armaron un operativo para distraer a los periodistas que lo esperaban en la vereda. Todos querían la foto del padre de Candela. Su hermano se hizo pasar por él. Al hermano lo esposaron y lo encapucharon y salió primero, los periodistas se le tiraron encima, cuando estaban distraídos Juancho aprovechó para salir.

También estaban los amigos de Candela del grupo de Boy Scouts, los compañeros del colegio y los vecinos. Terminaban la vigilia que habían comenzado la noche anterior. Sobre las baldosas habían quedado las marcas de las velas derretidas.

Dicen que el padre de Candela aprovechó ese momento para pedir su libertad pero no le otorgaron ese beneficio. Los familiares lo niegan, aseguran que es otro invento para ensuciar su nombre.

El dueño de la casa de sepelios, conmovido por el caso, decidió donar el servicio que hubiese costado unos seis mil pesos. El hombre que la maquilló cubrió las marcas que el asesino le había dejado en el rostro, luego de asfixiarla durante siete minutos oprimiendo su boca y su nariz. Colocaron

el cuerpo sobre una mortaja blanca, dentro de un cajón brílloso de nogal.

Cuando a las cinco y media de la mañana, Juancho bajó custodiado por los agentes de elite del Grupo Halcón, tenía las manos esposadas y la cabeza cubierta por una capucha negra. Al llegar a la sala velatoria le liberaron las manos y le sacaron la capucha. Juancho se paró frente al cajón cerrado de su hija, le dejó las flores de papel, el corazón forrado en cuerina y un oso de peluche marrón. Alrededor había cuatro coronas de flores naturales que llenaban el ambiente de un olor denso. Una tenía la leyenda “Mamá, papá y tus hermanos”, otra la había enviado el intendente Emilio Acuña. Durante las primeras tres horas, por orden de Carola, solo pudieron ingresar los familiares más cercanos.

Juancho no quería irse del velorio, se resistió un rato hasta que aceptó lo inevitable. Se despidió de su hija, abrazó a Carola y a las ocho de la mañana lo volvieron a esposar. Se subió a un auto con la cabeza encapuchada y lo llevaron hasta los Tribunales de Morón para ampliar su declaración. Carola permaneció sentada a la derecha del ataúd.

A las diez de la mañana, llegaron trece compañeros de Candela de los Boy Scouts, del cuello de los chicos colgaba el pañuelo verde del uniforme, algunos lo dejaron sobre el cajón a modo de ofrenda. Durante ese día en el colegio de Candela no hubo clases. Marilú, la directora, decidió abrir las puertas de la escuela para que los compañeros se reuniesen ahí a recordarla. Los chicos fueron acompañados por sus papás. Se juntaron en el gimnasio de piso de granito, donde está el escenario, ahí donde Candela imitaba a Tita Merello.

Pasado el mediodía, antes de que terminara el velorio, Diego García Rufino acompañó a los amigos más íntimos de

Candela para que fueran a despedirse. Veinte cuadras separaban la casa velatoria del cementerio de Hurlingham. A las dos de la tarde salió la caravana. Por la cantidad de gente demoraron casi una hora en llegar.

Cordero de Dios

El barrio parecía de fiesta. Los vecinos abandonaron sus tareas y se acomodaron cerca del cordón para ver pasar el coche negro que llevaba el cajón de nogal con Candela. Los móviles de televisión transmitían en vivo lo que estaba pasando en ese barrio del Conurbano bonaerense. Donde la foto de Candela aparecía pegada en cada vidriera.

El dueño de la carnicería vestido con su delantal blanco y una boina marrón se descubrió la cabeza cuando el coche fúnebre pasó delante de su negocio. Señoras en batones floreados levantaban las manos para saludar a Carola. Una murmuró: “Es un Cordero de Dios”. Algunas lograban tocar el vidrio del auto principal y luego volvían tímidas a la vereda. Una nena de la misma edad que Candela lloraba viendo el paso del cortejo.

Los chicos hacían rugir sus motos. El ruido de las bocinas de los autos era ensordecedor y se entremezclaba con el grito de justicia. Colectivos escolares y otros de línea abarrotados de gente que no quería perderse el entierro de la que fuera la nena más buscada de la Argentina. Mil personas seguían la caravana fúnebre que avanzaba lenta por la calle Ontiveros. Atrás del coche principal, había otro que llevaba las cuatro coronas de claveles blancos y rojos.

En un Citroën C4 de la cochería Lizardo, vestida con un

saco color manteca y un jean, Carola Labrador apoyaba la cabeza en el hombro de su hermana Sabrina. A su izquierda, su mejor amiga Cecilia sostenía un ramo de pimpollos de rosas rojas. Al lado de ella estaba Betiana Labrador con la mirada perdida.

Los eucaliptus en el cementerio Parque Municipal de Hurlingham son una plaga. En las ocho hectáreas no hay nichos ni bóvedas, los muertos están bajo tierra. Durante la mañana del 1° de septiembre los empleados del cementerio cavaron la fosa donde enterrarían a Candela. La hicieron cerca de la entrada. También cortaron el pasto, levantaron las tiras de corteza de los árboles y sacaron las flores podridas de otras tumbas. La orden había sido precisa: esa zona debía lucir impecable para las cámaras de televisión. Cristian, el encargado de ese sector, se enteró ese día que iba a ser el custodio del cuerpo de Candela.

A las dos y cuarenta de la tarde, los autos estacionaron a quince metros de la futura tumba. Un rayo de sol pegaba de lleno en la cara de Cristian, que fruncía la nariz mientras veía desde lejos cómo mil personas pisaban el resto de las tumbas que él también cuida. De la amargura se alejó. Carola bajó del auto, la escoltaron Sabrina, Cecilia y Betiana. A Carola le habían dicho que le iban a hacer una misa de responso en la capilla del cementerio. Sin pensar y sin dejarse guiar por nadie, las cuatro mujeres se lanzaron a correr sin rumbo hasta perderse en el cementerio buscando la capilla y la tumba de Candela. Esa fosa que los sepultureros habían cavado cerca de la puerta para evitar el desorden. Como en una película de enredos, atrás de ellas corrían siguiéndolas sus familiares más íntimos. En medio de la carrera, arrastrando los pies, depositando todo el peso de su cuerpo en los

brazos de Sabrina y Cecilia, con el torso más adelante que sus piernas, la madre de Candela repetía:

–Hijos de puta, esto no queda así.

Mientras tanto el ataúd con el cuerpo de Candela quedó adentro del coche, custodiado por una multitud que miraba desorientada cómo se perdía Carola.

Los cables de las cámaras de televisión eran cortos para seguir los pasos erráticos de Carola. Cinco cronistas de radio corrían a la par de la madre de Candela para intentar tener una declaración. Apoyaban los celulares cerca de la boca de Carola que suplicaba:

–Tengan piedad, voy a enterrar a una criatura.

Carola Labrador estaba perdida en el medio del cementerio. Betiana miró a su hermana y murmuró:

–Esto parece una película de terror, estamos pisando tumbas.

Carola inclinó más su cuerpo, como si una arcada le hubiese doblado la espalda. Levantó la vista y le dijo a su hermana:

–Necesito enterrar a mi hija. ¿Dónde está la tumba?

Un familiar alcanzó a Carola. La agarró del brazo, ella lo miró:

–¡Pará! ¡No podés seguir corriendo como una loca! Voy a averiguar con los de la cochería dónde es la tumba. Vos metete en la capilla y esperá ahí hasta que yo te diga.

Carola obedeció. Los rayos del sol pegaban de lleno en la cabeza de la madre de Candela que tenía los labios blancos, las ojeras más marcadas y una gota de transpiración que corría por su frente: estaba agitada luego de correr unas ocho cuadras entre tumbas y flores. En diez minutos el hombre panzón abrió la puerta de la Capilla Resurrección del Señor y dio la orden. Carola salió y volvió a pedir clemencia:

–Hace diez días que busco a mi hija. Quiero enterrarla.

Cuando llegó Carola, el cajón seguía dentro del coche. Abrieron la puerta trasera del auto y retiraron el ataúd. Varios familiares, entre ellos la madre de Candela, agarraron las manijas, caminaron cinco pasos hasta que escucharon el grito de una mujer:

–¡Hubieses entregado la plata, nena, antes de que tu hija estuviese ahí!

Betiana Labrador perdió el control. Diego García Rufino la tomó de los brazos para calmarla. Otros familiares también perdieron el equilibrio y cayeron dentro de la fosa. Durante cinco minutos hubo gritos y corridas. Solo había un patrullero de la policía. De la luneta del móvil 13 505 ya habían despegado el afiche con la cara de Candela.

Cuando volvió la calma, depositaron el cajón en la fosa. Carola alcanzó a dejarle un ramo de flores a su hija, antes de la primera palada escapó corriendo y se subió a un auto importado que la esperaba en la calle lateral del cementerio. Esa sería la última vez que Carola vería a Diego García Rufino, el maestro de Candela. Él no le mandó más mensajes de texto, tampoco la volvió a llamar. Ella hizo lo mismo. Diego cumplió con su palabra: la acompañó durante todos los días de la búsqueda. Después del crimen de Candela, Diego no volvió a dar clases, ocho meses después continúa con licencia médica.

Luego de que Carola se fue del cementerio quedaron los familiares íntimos y la multitud que la fue a acompañar. Permanecieron más de dos horas en silencio junto a la tumba. Algunos nenes se sacaban fotos cerca de la sepultura N° 83, otros a modo de souvenir se llevaron una flor.

Dos hombres altos de jogging y zapatillas se acercaron hasta el auto donde estaban las coronas de flores. Buscaron

la que le había mandado el intendente de Hurlingham Luis Emilio Acuña:

–A este hijo de puta se le ocurre mandar una corona.

Eso dijo uno de los hombres mientras de un manotazo arrancó el faldón bordó y se lo guardó dentro de sus ropas.

–Guardalo que para algo nos va a servir –contestó el otro.

Durante esa semana el faldón apareció en la puerta de la comisaría de Villa Tesei.

Está todo bien, ma

Carola Labrador acaba de despertarse. Arriba de la mesa de luz, donde Candela había dejado el número de teléfono de sus amigas antes de desaparecer, ahora hay un portarretrato con una foto de ella. Todos los días al levantarse saluda a su hija:

–Hola, Pocha. ¿Cómo estás? Hoy tengo que hacer trámites.

Durante la noche soñó con Pocha. La nena reía a carcajadas mientras movía la cabeza, y su pelo negro y largo hasta la cintura se balanceaba lento. Tenía un vestido blanco, como el que usó para la comunión. En el sueño Candela miraba a su madre, levantaba el dedo pulgar y le decía:

–Está todo bien, ma.

Dos semanas después del entierro de su hija, Carola Labrador abandonó el barrio. Glenda, la amiga y confidente de Candela, se mudó con su familia a esa casa cuya puerta había sido filmada y fotografiada hasta el hartazgo por los medios de comunicación.

Los familiares más íntimos de Carola la ayudaron a hacer la mudanza. En la camioneta de Adrián, el marido de Betiana, cargaron la heladera, el microondas, las sillas, la mesa. Lo

que más le costó fue sacar del placard la ropa de Candela, que Carola guardó en cajas rotuladas. Veinte días después pudieron doblar las sábanas de Barbie y el acolchado de princesas. La cama de la nena la guardaron en el garage de Coraceros 2552. De las paredes despegaron los cartelitos y dibujos que Candela había hecho con témperas y fibras. Emanuel se llevó el cartel que le regaló su hermana para su cumpleaños: “Feliz cumple te amo. Cande”. Carola agarró las dos tablas de madera de medio metro por medio metro donde su hija escribió con témperas: “Mami te amo mucho”. “Papi te extraño”.

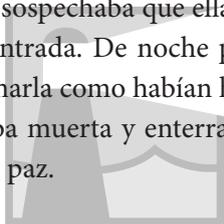
Sacaron los carteles del portón negro, que durante los nueve días de búsqueda sirvió de altar. El barrio de a poco fue retornando a la normalidad: la calle se abrió al tránsito, la panadería de la cuadra volvió a la recaudación habitual y el kiosco de la esquina no se quedó más sin cigarrillos. Ya no se escucha el ruido constante de los grupos electrógenos de los móviles de televisión. Los vecinos volvieron a dormir la siesta tranquilos: ya no hay periodistas que les toquen el timbre a cualquier hora para preguntarles si saben algo de la familia Labrador.

La Policía de Morón le alquiló una casa a Carola cerca de la estación de trenes de Castelar, una localidad del partido de Morón que queda a unos veinte kilómetros de Hurlingham. Por mes costaba unos ocho mil pesos y tenía cubiertos los primeros nueve. En Coraceros 2552 quedó el sueño de Carola: ser una familia más del barrio. Para Navidad, según una persona de su entorno, la Policía de la DDI de Morón le hizo otro regalo: de una camioneta de la Bonaerense bajaron un horno pizzeria, bolsas de harina y frutas brillantadas, para que la madre de Candela hiciera pan dulce y lo vendiera en las fiestas. Con las ganancias Carola se habría pagado el pasaje

a Mar del Plata. Pero ella dice que el horno era del dueño de la casa y que la plata para las vacaciones se la dieron sus abogados: Fernando Burlando y su socio Fabián Améndola.

Durante los primeros días de abril de 2012 un temporal azotó a Buenos Aires. Hubo ráfagas de viento de hasta 250 kilómetros por hora. La nueva casa de Carola sufrió roturas y ella tuvo la excusa perfecta para irse de ahí. Decidió mudarse a la casa de Zulema, su mamá, en Pablo Podestá, en el partido de Tres de Febrero. En Castelar, la madre de Candela tenía miedo porque la Policía bonaerense la controlaba demasiado, además sospechaba que ella no era la única que tenía las llaves de entrada. De noche pensaba que alguien podía entrar y asesinarla como habían hecho con su hija.

Candela ya estaba muerta y enterrada, pero todavía no podría descansar en paz.



MAREA
EDITORIAL